

COCA DOMINGO UN CUENTO

CAFE DE DOMINGO

Por ASENSIO SAEZ

¿Te querrás siempre? —le preguntó él a la muchacha del vestido amarillo con lunares negros. —Te querré siempre. El camarero tuvo que pasar tan-gencialmente a la espalda de la muchacha del vestido amarillo con lunares negros, buscando la otra zona del café. Del agua —fresqui-sima rodaja azul del mar Menor— venía un delicioso airecillo húme-do que ponía en los labios un re-gusto de granos de sal. —Camarero!

Los churros de la trasnochada

Por W. FERNANDEZ-FLOREZ (De la Real Academia Española)

PARECE que la sombra de una amenaza se cierne sobre los churros, en Madrid. El churro es un producto de cocina que... Pero, verdaderamente, puede ser considerado así, única-mente, puede decirse con esta brevedad? Creo que no. Creo que el churro exige más complica-das interpretaciones. En sus características esen-ciales, al churro le ocurre algo, parecido a los gatos, aunque en lo demás no tengan nada que ver entre sí. Para enjuiciar a los gatos no hay término medio. O se les admira o se les vitupe-ra. Se es amigo del ga-to —por su elegancia, por su belleza, por su perezoso y digno ma-do de ser— o se les persigue. El churro cuenta con partidarios casi entusiastas y con críticos desdenosos, en franca disconformidad con él. Existe gente a la que le faltaría algo muy importante si no tuviesen churros en su desayuno o en su me-rienda. Son los que le llaman «fruto de sar-tón». En cambio, todos o no-cemos individuos que lo rechazan culpán-dole de carencia de mé-ritos y de falta de toda dulzura. A mí me parece que los churros tuvieron lo que pudieran llamar una edad de oro. Fue aquella —que yo recuerdo haber conocido en mi adolescencia— en que eran do-rados, crujientes, con una médula tierna y sa-brosa. El chocolate y ellos se llevaban muy bien, pero también resultaban sabrosos sin au-tillo ajeno, y eran espolvoreados con azúcar sin la tacañería que tanto les perjudica ahora.



tro lecho y acomodarse sobre el estómago. Si dentro de él conseguimos reducirlo a una masa esférica, ¿cuánto tiempo nos exigirá la labor de digerirlo? Pero el churro, más que sus propias excelencias —ya tan reducidas— vive de la tradición, el churro no tardaría en desaparecer como algo que exige demasiados esfuerzos sin compensaciones. Pero, amigos míos, es esa tradición la que les socorre. Cuando mu-chos jóvenes vigorosos y muchos caballeros con afán de olvidar las preocupaciones que suscita el aumento gene-ral de los precios, han recorrido ya las lí-gubres «tasas» y las solitarias «boites» no saben dónde refugiarse, y entre las fatigas de la trasnochada y las del alcohol ingerido en imprudente medida, aspiran a prolongar los dudosos deleites hipotéticos de un «tour» nocturno en Madrid, recuerdan súbitamente la existencia de las churrerías, en las que, como es sabido, desde las generaciones ante-riores, existen churros y existe más. Un ans espantoso y unos churros indiscriminables, que vivían, en simbiosis, en sordidas locales o bajo tenderete situados al aire libre. Hacia la madru-gada, próxima ya el alba a empalmece el cielo de la capital, acudían, atraídos por una lám-para de acetileno, las mariposas nocturnas de los trasnochadores que ya no hallaban locales en los que acogiesen su insomnio y su pesadez. Esa polarización persiste todavía.

Luego, los churros cayeron en la tentación de imitar al caucho. Suelen formar una especie de tubos flexibles y blanduchos que lo mismo pueden servir para ahorcarse que para cinto del pantalón. En cuanto a su olor, nunca resulta-ron apetecibles. El aceite frito no es ni fue nunca deliciosamente aromático, pero se sopor-taba sin ninguna repugnancia el que exhalaban los pequeños hornos de sus laboratorios calle-jeros, porque oían a verbena y a trasnochada. Hoy, con la forzada injerencia del abominable aceite de soja —esecrado sea por los siglos de los siglos— ya no se puede tolerar. Cabe decir que la civilización se divide en dos etapas: la anterior al óleo de soja y la que nos inferiorien y aflige después de haber sido creado y difundido. En cuanto a su forma, si ustedes se deciden a meditar un poco delante de un churro, vacilarán largo tiempo antes de deducir consecuen-cias de su morfología. El churro de nuestros tiempos parece una serpiente, tan blando y fle-xible como ellas. Podemos comerlo y podemos temer que se enrolase en nuestro cuello y nos ahogue. No es imposible que, en esa fantasía, soñemos que penetra en nuestra habitación, rep-tando sobre la alfombra, para trepar hasta nues-

tro lecho y acomodarse sobre el estómago. Si dentro de él conseguimos reducirlo a una masa esférica, ¿cuánto tiempo nos exigirá la labor de digerirlo? Pero el churro, más que sus propias excelencias —ya tan reducidas— vive de la tradición, el churro no tardaría en desaparecer como algo que exige demasiados esfuerzos sin compensaciones. Pero, amigos míos, es esa tradición la que les socorre. Cuando mu-chos jóvenes vigorosos y muchos caballeros con afán de olvidar las preocupaciones que suscita el aumento gene-ral de los precios, han recorrido ya las lí-gubres «tasas» y las solitarias «boites» no saben dónde refugiarse, y entre las fatigas de la trasnochada y las del alcohol ingerido en imprudente medida, aspiran a prolongar los dudosos deleites hipotéticos de un «tour» nocturno en Madrid, recuerdan súbitamente la existencia de las churrerías, en las que, como es sabido, desde las generaciones ante-riores, existen churros y existe más. Un ans espantoso y unos churros indiscriminables, que vivían, en simbiosis, en sordidas locales o bajo tenderete situados al aire libre. Hacia la madru-gada, próxima ya el alba a empalmece el cielo de la capital, acudían, atraídos por una lám-para de acetileno, las mariposas nocturnas de los trasnochadores que ya no hallaban locales en los que acogiesen su insomnio y su pesadez. Esa polarización persiste todavía. Pero la clientela a todas horas está, según se dice, compuesta en gran parte por «gamberros», en cuyo espíritu, el pacifismo de los churros se deja influir por la intemperancia del aguardiente de anta, y gritan y cantan, y quebrantan el sue-ño del vecindario y hasta maltratan las modés-tas instalaciones de los tan modestísimos indus-triales. Algunos periódicos han publicado que-rijos, y las autoridades amenazaron con retirar las licencias. Esta es la amenaza que pende sobre la hon-rada labor de las churrerías. Y como es más fácil suprimirlas que conseguir la desaparición del huido cancerígeno de los autobuses y el rui-do de las motocicletas, no tendría nada de extra-ño que se decretase el acabamiento de esos hombres que en los amaneceres de la Villa, vi-ven a costa de un trabajo que parece consistir en sacarse de la axila, por medio de un émbolo, ese largo reptil de masa, trasunto de los churros de otras edades. Y entonces, acaso saldrían ganando las mu-cas estomacales de los madrileños, pero se ha-bría perdido, como dijimos, una tradición, por culpa de los odiosos «gamberros».

«RODRIGUEZ». Por GALINDO



—El plato más barato son judías verdes. ¿Qué le traigo? —Judías verdes de primero y de segundo plato. Y de postre, judías verdes también. —¿Tú crees? Pero se veía que le importaba un pimiento que el otro lo creyese o no, porque lo que era él bien a gusto que se encontraba en su pue-blo. —Camarero! Llegaban nuevos clientes. —Pedid, chicas. —Ustedes dirán. —Yo, un «gin-fizz». —¿Un qué? —Mantecado para todos. —¿Cómo lo estáis pasando? —Bárbaro. —Camarero! Venía don José. —¿Lo de siempre, don José? Don José dijo que sí, que lo de siempre, y que qué asco de los domingos en la playa; que lo me-jor del verano eran los días de septiembre, cuando vuelve el si-lencio y la paz. El camarero no quería acordar-se de ningún modo el mes de sep-tiembre. De verdad eran bonitos aquellos días, en que el sol, como un gran melocotón maduro, doraba las aguas, que ya comenzaban a estar frías. Si era hermoso ver caer las primeras lluvias sobre la piel inmóvil del mar, que se agu-terbaba entonces, al recibir las otras aguas del cielo, como si se plicase de viruela. Pero precisamen-te eran esos días los que arrastra-ban a las gentes a sus hogares. En-tonces se cerraba el café; y el ca-marero de los días de verano, ha-bía de volver a los otros trabajos oscuros, miserios, del resto del año: las faenas del campo, que le pro-porcionaban un terrible dolor de riñones, o la otra ocupación de las minas, en las que la hondra ne-gra y misteriosa de las galerías le acarrea un miedo cerval. De ver-dad no le gustaba ni pizca al ca-marero acordarse de septiembre.

CAMPAMENTOS DE VERANO Frente de Juventudes. El Campamento es una gran escuela de hermandad y convivencia al aire libre.

MOTOCICLETAS BJR. Modelos VZ 44 c.c. XZ 125 c.c. YZ 175 c.c. EXPLOTACIONES INDUSTRIALES Y AGRICOLAS, S. A. Ronda Garay, núm. 33. Teléf. 5332. Murcia. — Sucursal en Alicante, San Fernando, 48.

ESCUELA DE CHOFERES CERTIFICADOS DE PENALES Y DE ULTIMAS VOLUNTADES AUTO-EXPRES. Algeiras, 14. Teléfono 1401.

Lo mejor es el HUMOR

RODRIGUEZ, EN MURCIA

Por R. MARTINEZ GANDIA

—¿ESTA usted solo en Murcia? —¿Qué bien lo estará pasando. Rodríguez dice que si, soporta los chistes malos que a propósito de la soledad le larga el interlocutor, rie sus guiños picarescos, porque es más cómodo reírlos que discutirlos, y procura dar un quiebro a la conversación. Pero el interlocutor es pesado. Se cree gracioso. Ha encontrado un filón y quiere explotarlo. —¿Cómo me gustaría a mí estar solo una temporada! —Pues envíe fuera a la familia. —Toma. Como que quieren... —¿Qué haría usted si se queda solo en Murcia? —¿Que qué haría...? Y el interlocutor vuelve a reír picarescamente. Rodríguez es un hombre paciente, pero alguna vez se cansa y se enfada. —Si, hombre, sí. ¿Qué haría usted? Deje de reír tan estúpida-mente y dígame de una vez. El interlocutor no hace caso; vuelve a reír picarescamente y vuel-ve a decir vaguedades. Ahora se di-rige a los circunstantes que presencian en silencio, aburridos, la conversación, consumiendo sus ca-fías de cerveza. —Díce que qué haría, ¿eh? ¿Qué les parece? Pero no hay quien le saque de esas vaguedades. Rodríguez, cansado, paga y se va. A cenar. Cena en un pequeño restaurante, donde las comidas se anuncian con el subtítulo de «co-cina familiar». Cada noche, du-rante éstas que permanece solo en Murcia, en el verano, comprueba que, a pesar de todo, donde mejor se come es en casa. Hay mucha gente como él que busca esos res-taurantes, donde se puede cenar por quince o veinte pesetas. El re-sultado es que como los locales se llenan, los camareros —improvisa-dos cada verano— traen la sopa metiendo el dedo gordo en ella y la dejan caer parte sobre la mesa y parte sobre el traje. Después del estropicio, ni siquiera miran. Se marchan de prisa a derramar sopa en otros trajes. —¿Qué quiere el señor de segun-do? —¿Qué hay de segundo? El camarero toma carrerilla y dice, sin respirar, una lista de pla-tos: —Huevos al plato, riñones sal-teados, merluza a la romana, em-budido con pimientos... Rodríguez dice: —Tráigame cualquier cosa... Entonces el camarero se hace el gracioso y dice: —De eso no tenemos. Rodríguez suspira, contiene una imprecación de calibre y pide mer-luza a la romana. Luego pide me-lón, y después pide la cuenta. Paga y se va. Pero, ¿dónde? ¿Dónde ir a pasar un rato? Se acerca a un café. Encuentra a unos compañeros de la oficina. Le preguntan también lo de siem-pre: —¿Qué? ¿Solo en Murcia? —Sí. Solo en Murcia. —Te lo estarás pasando bárbaro. Rodríguez piensa que los que en verano no se quedan solos deben creer que Murcia es una especie de Capua. —Pero, ¿no sabéis qué se puede hacer en Murcia solo o acompa-ñado? Ir al cine, tomar un café, dormir... —Sí, sí; menudo pájaro estás tú hecho. ¡Hay que ver el mosqui-ta muerta! Rodríguez, naturalmente, paga el café, se despide y se marcha. Es-tá cansado de tanta maldita gra-tuita. Llega a su casa. No hay hielo en la nevera porque se le ha ol-vidado subirlo a la portera. No está lavada la muda de topá por la misma razón. Nadie ha barrido en cuatro días. Rodríguez coge la escoba y barre. Después, como Dios le da a entender, recordando cuando estuvo en la guerra, se lava la muda. Deja caer el agua del grifo por ver si sale más fresca. Pone la radio, lee mientras tanto y añora, sobre todo, añora. Ahora hasta las broncas con la mujer. Rodríguez lo coge: —Diga. —¿Eres Rodríguez? —Sí; yo soy. —Díle a tu mujer que la mía ha dicho... —No puedo decirselo. Estoy solo en Murcia. —¿Solo? ¿Qué picaro! Te lo es-tarás pasando la mar de bien. Rodríguez masculla sordas im-precaciones, se hace la cama—complicada tarea—y se acuesta, des-pués de tender la muda, que ha lavado mirando furtivamente pa-ra que no le vean las vecinas. Y sueña que su mujer ha veni-do y le hace un arroz con gambas delicioso.